

Veamos ahora la meta que nos esforzamos por alcanzar. ¿En qué consiste la superioridad? ¿Quiénes son los verdaderos elegidos? ¿Quién es aquel que se distingue entre ciento?

El hombre Superior se distingue por estas marcas:

I.—Es espiritual. Hago uso de esta palabra con todo cuidado. No quiero decir que es santo o poético o que desdén trabajar con las manos.

Lo que quiero decir es que sus placeres son más mentales o espirituales que corporales. Joubert dice algo acerca de que el fin de todo arte y cultura es el traspasar los placeres del cuerpo a la mente.

El arte de vivir consiste en la cuerda selección de las satisfacciones. Si escogemos las carnales, éstas no duran, y acabamos por sentirnos fastidiados y miserables. Si escogemos las más elevadas, las encontraremos más permanentes y cada vez más interesantes. Así, pues, la cuestión se reduce a si desea Ud. ser feliz por corto tiempo o por toda la vida.

La mente y la conciencia son los últimos productos de la evolución. El cuerpo tiende hacia la bestia. Si los placeres de Ud. yacen en la mente, puede Ud. decir con un filósofo moderno, «Tenemos un grado de existencia por lo menos diez veces más grande que el de los otros; en otros términos, existimos diez veces más».

Haga Ud. la prueba consigo mismo. ¿Qué le gusta a Ud. más? ¿La cerveza, y la carne, y el sueño, y la comodidad indolente, y el baile, y la caza? ¿Es la privación de estas cosas lo que más le irrita a Ud.? ¿Se enoja Ud. cuando no puede disfrutar de lujo, de trajes finos, de prominencia y de otras cosas semejantes? Pues bien, así es todo el mundo. No necesariamente malo, sino, simplemente, vulgar. La esperanza está en que no esté Ud. contento consigo mismo.

Pero ¿le gusta a Ud. la Mona Lisa, o la Balada de Chopin, o los escritos de Walter Pater, o una nueva idea, o un bello bosque, a tal grado que estaría dispuesto por ellos a perder una comida, o a dejar de ser presentado a un embajador? Si así es, regocíjese Ud., pues va Ud. por la senda estrecha, y pocos son los que la encuentran. Ud. puede tener muchos defectos, pero no es Ud. vulgar.

II.—Las personas Superiores gustan de la sencillez. El vulgo gusta de la ostentación. ¿Qué le produce a Ud. mayor goce: el ver una columna griega limpia y desnuda, o el dorado esculpido de un teatro de Nueva York o de un hotel de París?

¿Le gustan a Ud. los trajes finos, los sombreros nuevos y costosos, los zapatos que cuestan veinte y cinco dólares, las joyas y los perfumes?

Estos gustos pueden no ser malos, yo no digo que lo sean; pero, toda cortésana los tiene.

Un alma grande no podría absolutamente vivir en un palacio de mármol, y tener más cocineros, dispenseros, *chauffeurs* y doncellas que dedos de las manos y de los pies. Un número mayor lo sofocaría.

Mientras más verdadera cultura adquiere una mujer, menos le gustan las plumas finas. Aborrece todo sombrero o vestido que la vuelva conspicua.

El lenguaje de la persona Superior es sencillo. También lo son sus hábitos, su alimentación, sus diversiones.

Si Ud. es afecto a las corbatas llamativas, al uso de palabras largas y de maneras afectadas, a comidas costosas y a lujos de todas clases, no está Ud. solo—todas las sirvientas y mozos de establo en el mundo participan de sus gustos, aunque tal vez no de su habilidad para satisfacerlos, y Ud. es vulgar.

Sócrates, Budha y Jesús son, según opinión común de la humanidad, Superiores. No todos nosotros podemos alcanzar su grandeza de alma; pero podemos gustar de lo que ellos gustaron, de la sencillez de vida, de pensamiento y deseo. Y si no, perteneceremos al *ignobile vulgus*.

III. A las personas Superiores les gusta servir. El vulgo gusta de ser servido. La dama que debe llamar a la doncella para que cruce la habitación y le traiga su abrigo, el caballero cuya alma se ensancha cuando el sirviente le entrega su sombrero y su bastón, no son raros; sus gustos son los de las masas, son gustos ordinarios.

Aun al rústico más común le gusta que le laven los pies; el Hijo de Dios lavó los pies de sus discípulos.

Este instinto de servicio, esta alegría innata de hacer algo en beneficio de otros, es el corazón mismo de la cortesía, de lo que llamamos buena educación. Aparece de manifiesto en las pequeñas atenciones, tales como ceder el asiento a una señora en el tranvía, levantar y consolar al niño que ha tropezado, escuchar cortesmente al que nos habla, y en todo el aire de deferencia y de respeto que distingue al caballero.

IV.—La persona Superior está por encima de sus placeres. Tiene placeres, como los tiene todo el mundo. Gusta de comer, y distingue entre un biftec bien cocinado y otro que no lo está; gusta de beber, aprecia el sabor de la buena leche y del excelente café; gusta de jugar a la raqueta, de pasear en automóvil, y del teatro, y de la música y del arte. Pero lo importante está en que por intenso que sea su placer en cualquiera de estas diversiones humanas, ninguna de ellas es más grande que él mismo.

El hace uso de ellas. No se deja conducir por ellas de la nariz. Si el amor al dinero, la pasión del amor, el incentivo del juego o el placer de cualquier clase de diversión, lo arrebatan a Ud. y lo dominan en vez de ser Ud. quien dirige, pertenece Ud. a las masas, es Ud. vulgar.

¿Puede Ud., mediante un fuerte deseo, sacrificar una querida ambición, negarse a sí mismo posición, fama, dinero, amor, aun la vida misma, en aras de un noble principio? Si puede Ud. hacer esto, es Ud. una persona superior. Pertenece Ud. a la nobleza.

V.—Las personas Superiores no son nunca pesimistas: Si Ud. cree que es Ud. un fracasado, que el mundo va derecho a su perdición, que todos los hombres son embusteros, y que no hay mujeres buenas, todo esto es enteramente humano, ésa es la tendencia, la inclinación general de la mente vulgar y ordinaria.

El pesimismo es la filosofía del vulgo. Equivale a vestir con bellas frases la cobardía del espíritu.

Maeterlink dice que para el héroe no hay tragedia. No importa cómo el mundo y los sucesos conspiran contra él; él surge por encima de ellos. Los amigos pueden traicionar, las autoridades tiranizar, y los malos triunfar, pero nada de esto puede afectarlo.

Consideremos, por ejemplo, la muerte de Sócrates. Si leemos en la historia acerca de cómo fué envenenado, como rata en su agujero, y acerca de su conversación con sus amigos en sus últimos momentos, y nos penetramos del espíritu del antiguo héroe, nos sorprenderá ver que no nos inspira compasión; más bien lo envidiamos; y compadecemos a los malvados que le causaron la muerte.

Tampoco compadecemos a Jesús en el Calvario. Su sacrificio nos causa admiración y asombro. Mientras más es objeto de la ferocidad, la ingratitud y la injusticia de los hombres, más intensamente brilla la flama de Su espíritu imperial. No lo miramos con compasión, lo admiramos y lo adoramos.

Tampoco compadecemos a nuestros infantes de marina que murieron en el Bosque de Belleau. En lo íntimo de nuestros corazones deseamos haber estado allí; o haber sido lo suficientemente grandes para desearlo.

¿Se desespera Ud. y se queja en sus visicitudes? ¿Se compadece de sí mismo y desea que nunca hubiera nacido? Tales sentimientos son tan comunes como el polvo en el camino, las cizañas en los mátorrales y las latas vacías en los basureros. Si Ud. los abriga, es Ud. vulgar, y debe empezar un curso de disciplina.

Pero, si cuando todo se combina para anonadarlo y humillarlo, cuando